

---

COMPOSTELLA AUREA. ACTAS DEL VIII CONGRESO DE LA AISO ISBN 978-84-9887-554-6 (T.III); ISBN 978-84-9887-555-3 (o.c)Juanete: ¿un gracioso sin gracia? Reflexiones sobre la figura del donaire en la tragedia calderoniana

---

## **Juanete: ¿un gracioso sin gracia? Reflexiones sobre la figura del donaire en la tragedia calderoniana**

LIÈGE RINALDI

*Universidad de Navarra*

La figura del donaire –personaje típico de las comedias auriseculares– no constituye un modelo único y limitado, y no se construye con los mismos fines en todas las obras. No cabe duda de que es el agente cómico por antonomasia, pero así como no es el único responsable de la risa en las comedias cómicas, no siempre conseguirá provocarla en las serias.

En las obras trágicas de Calderón de la Barca encontramos varios ejemplos de graciosos que, cada cual con sus particularidades, circulan por un universo donde no hay lugar para la risa, como Clarín –en *La vida es sueño*–, Coquín –en *El médico de su honra*– y Juanete, el gracioso de *El pintor de su deshonra*, cuyas funciones dramáticas intentaré discutir en este trabajo.

Edward Wilson y Georges Güntert dividen el papel de Juanete en dos: el de personaje-agente y el de comentador. Güntert (1980: 362) afirma:

Como personaje-agente interviene poco: descubre la presencia de Álvaro en la casa de su amo y se lo dice a éste. Es testigo de cómo alguien, disfrazado de marinero, se lleva a Serafina. Observa lo que ocurre, pero sus descubrimientos nunca resultan completos. Como ha visto muy bien Edward M. Wilson, los descubrimientos del gracioso en esta comedia no afectan casi a la acción. En cuanto personaje, Juanete no sabe más que los otros: obra a ciegas.

Tanto más importa su función de comentador, su palabra.

No obstante, en una obra dramática comentar es actuar y, por ende, no se puede separar de esta manera las intervenciones del gracioso. Además, tanto en sus hechos como en sus comentarios, igualmente se equivoca o afecta de modo relevante el rumbo de la

historia. Más adelante veremos cada uno de sus cuentos y podremos observar que algunos denuncian o sugieren cuestiones importantes, pero otros son simplemente bromas teatrales basadas en una visión limitada o equivocada que posee el gracioso. Y, respecto a lo que hace Juanete, ¿cómo se puede suponer que descubrir que hay otro hombre en casa de don Juan y decirselo a este no afecte casi a la acción? Aunque Juanete no logre alcanzar a don Álvaro, este descubrimiento servirá de motor para que los celos empiecen a atormentar al noble don Juan Roca.

Juanete cumple muy bien su papel de criado de don Juan, a quien sirve con sumisión y lealtad: acompaña a su amo en cualquier situación, es su confidente, descubre que hay otro hombre en su casa y se lo cuenta, sigue al hombre disfrazado que cortejaba a la dama de su amo e intenta impedir que el raptor se la lleve. Pese a que pueda equivocarse y no alcanzar al ofensor de su amo, el criado ejerce muy bien su función.

En el manuscrito de la Biblioteca Nacional de España (Ms. 17.123), al inicio de la Segunda Jornada hay una escena que no se registra en ningún otro testimonio en la que Juanete intenta cortejar a Flora, criada de Serafina, y le dice que todavía no le ha conseguido hablar. Pero no sigue adelante, pues Flora le contesta que en ese momento tampoco lo podrá hacer.

	<i>Salen Juanete y Flora.</i>	
JUANETE	Nunca he tenido lugar desde que con nuestros amos a Barcelona llegamos, de poderte, Flora, hablar.	
FLORA	Ni ahora lo podrás lograr.	
JUANETE	¿Por qué?	
FLORA	Porque mi señor, en aqueste mirador, retratando la belleza de mi ama, hace fineza la habilidad de pintor.	<i>Vanse.</i>

En esta comedia este es el único registro de un intento de acercamiento entre el gracioso y la criada de la dama. Si consideramos esta escena, podremos percibir dos intenciones: la del galanteo entre los criados, que es un motivo recurrente en las comedias áureas ya esperado por el espectador; y la de la imposibilidad del gracioso de encontrar un espacio en la comedia, pues, incluso cuando se dirige a un personaje de su mismo nivel social, es marginado.

Se percibe cierta provocación entre Juanete y Flora en escenas como en la que Juanete hace una crítica a la plática de cumplimientos y Flora le replica «¿Peor / no es oír a un preguntador?» (vv. 302-303); y, en la Segunda Jornada, cuando Juanete descubre que hay un hombre en la casa de don Juan, hay un conflicto entre los criados, pues Flora intenta disimular el caso diciendo que Juanete miente, que la culpa de la confusión es suya, etc., y Juanete la llama «pícara». Sin embargo, no llega a desarrollarse mucho ni a extenderse la relación que mantienen los criados.

Podemos percibir algunos rasgos de la construcción de esta figura del donaire a partir de su nombre, que es una forma diminutiva del de su amo –don Juan–, teniendo

en cuenta que el sufijo diminutivo –ete posee un valor despectivo. Al considerarse su nombre desde esta perspectiva, se puede subrayar el carácter caricaturesco del gracioso. La estrecha relación entre el gracioso y su amo queda confirmada en estos versos de la Tercera Jornada:

DON JUAN (...)
   
De cuantos el mundo advierte
   
infelices, ¡ay de mí!,
   
¿habrá otro más que yo?
   
*Sale Juanete muy pobre.*
  
 JUANETE Sí,
   
pues cómplice de tu suerte,
   
tu misma vereda sigo:
   
luego otro hay más desdichado.
   
(vv. 2610-2615)

De acuerdo con el *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias, *juanetes*

Son los hueseuelos salidos de los dedos pulgares, así de las manos como de los pies. Arguyen rusticidad y ténienlos ordinariamente la gente grosera; y por argüir mal ingenio se llamaron juanetes, de Juan, cuando tomamos este nombre por el simple y rústico.

Aquí se resalta una vez más el carácter despectivo de su nombre y se destaca el gracioso como una figura que incomoda –igual que los juanetes–. El personaje Juanete incomoda en cuanto agente cómico y comentador. Como hemos visto anteriormente, es un excelente criado, pero cuando intenta hacer bromas respecto a lo que pasa en escena, sus comentarios no son bienvenidos. Una importante característica del habla de este gracioso, igual que la de otros graciosos calderonianos, son los cuentos que introduce a la historia. Cada cuento tiene una función distinta, como intentaré señalar a continuación.

Al llegar a la casa de don Luis, al inicio de la Primera Jornada, Juanete dice irónicamente «Paz sea en aquesta casa» (v. 191), forma de saludo recomendada por Jesucristo a sus apóstoles, según el Evangelio de San Lucas: «Al entrar en cualquier casa, decid ante todas cosas: La paz sea en esta casa» (Lucas 10, 5). Esta es la presentación del gracioso, que enseguida introduce su primer cuento.

Vale recordar que la presencia de la figura del donaire en las comedias –cómicas o no– correspondía a la expectativa del público áureo. Y al inicio de esta comedia la atmósfera todavía es leve y tranquila, y supuestamente ideal para que el gracioso demuestre su comicidad. En la Primera Jornada, por tanto, a cada momento Juanete encuentra razones para contar un cuento.

El primero, que sucede al comentario de don Luis sobre el gusto que le da recibir a huéspedes, cuenta la historia de un villano que ofrece hospedaje a los soldados que llegan, pidiendo dos huéspedes, con la siguiente explicación «(...) aunque molestias me dan / cuando vienen, es muy justo / admitirlos, por el gusto / que me hacen cuando se van». (vv. 201-204). Muchos críticos, como Wilson y Fischer, relacionan este cuento con las consecuencias de la hospitalidad de don Luis y la ven como exagerada. Dice Wilson (1970: 81):

La hospitalidad es algo noble, pero don Luis la exagera sin ver que tal generosidad puede, de hecho, ocasionar desgracias a los huéspedes a quien quiere agasajar. Si no hubiera insistido que don Juan se quedara, Serafina no hubiera vuelto a ver a don Álvaro, ni tampoco hubiera conocido al Príncipe.

De hecho, si estos personajes no hubieran coincidido en el mismo espacio, el drama no habría desembocado en una tragedia. Pero sabemos que la concentración espacial como un potenciador de la tensión es una característica dramática recurrente. Y, con todo, Juanete no es un genio que adivina cuál será el desenlace de la historia y en ese momento tampoco hay signos que lo puedan suponer. Lo que hace Juanete es satirizar la hospitalidad de don Luis, como si no fuera verdadera, por no conocer sus reales intenciones. Más adelante, en esa misma jornada, Juanete repetirá esa idea «Es gran placer / al ver los huéspedes, ver / la recua en que se han de ir» (vv. 310-312). Sin embargo, don Luis es un noble y, en el Siglo de Oro, ofrecer el hospedaje cumplía no solo con la ley de caridad, sino tenía también una gran importancia social. Por tanto, la hospitalidad de don Luis nada tiene de exagerada, si la miramos bajo las convenciones de la época en que se escribió la comedia. De ese modo, podemos comprender el cuento de los soldados como una simple broma que hace el gracioso al entrar en escena.

El siguiente cuento tiene, por contra, una función diferente. Cuando Porcia le pregunta a Juanete sobre la boda de don Juan y Serafina, el gracioso introduce el cuento del pollo y del vino para señalar la imprudente diferencia de edad que hay entre los esposos. En este cuento, sí, el gracioso percibe lo que los demás personajes no se dan cuenta e indica posibles consecuencias negativas de un hombre mayor casarse con una dama joven.

JUANETE Convidóle a merendar  
un cortesano en el río  
a un forastero, y muy frío  
le dio un pollo al empezar.  
Pidió de beber, y estaba  
tan caliente la bebida  
como fría la comida.  
Viendo, pues, que nada hallaba  
a propósito, cogió  
el pollo, y con sutil traza  
le echó dentro de la taza.  
El amigo que tal vio,  
«¿Qué hacéis?» dijo. Él, impaciente,  
respondió: «Así determino  
hacer que el pollo enfrie el vino,  
o el vino al pollo caliente».  
Lo mismo me ha sucedido  
en la boda, pues me han dado  
moza novia y desposado  
no mozo: con que me ha sido  
fuerza juntarlos fiel,  
porque él cano, ella doncella,  
o él la refresque a ella,  
o ella le caliente a él.  
(vv. 213-236)

El tercer cuento responde a la pregunta de Porcia «cómo Serafina viene» (v. 238). Juanete le contesta «En coche». (v. 239), jugando con el sentido de la pregunta. Lo que Porcia quiere saber es sobre el estado anímico de Serafina y Juanete le contesta el medio de transporte en que viene la dama. Pero el gracioso justifica su juego de palabras al hablar de la felicidad y vanidad de ir en coche. Y una vez más se equivoca al suponer que Serafina está contenta con la boda e ignora su sufrimiento. La dama no está «contenta, ufana» ni «felice», sino desesperada por haberse casado con un hombre a quien no quiere y seguir enamorada de don Álvaro, a quien cree muerto.

Fischer (1972: 337), en su artículo *The function and significance of the gracioso in Calderón's El pintor de su deshonra*, dice «Although we are told that Serafina arrived "en coche" and is presently feeling "contenta, ufana, y felice," we cannot but think ahead to the time when she will be ready to ride "en coche" in the same state as the lady of the tale» y Georges Güntert, en *El gracioso de Calderón: Disparate e ingenio*, afirma que «al asociar el tema de la llegada de Serafina con el viaje de la vida que es "camino hacia la muerte" comprendemos que el gracioso, pese al tono grotesco, alude una vez más a las futuras desgracias de Serafina».

Tales visiones me parecen equivocadas. Más bien no podemos ni pensamos en la muerte de Serafina, puesto que todavía no hay nada que indique el final trágico y el hecho de que el personaje del cuento esté muerto es solo un modo de hablar sobre la vanidad del *status* social de ir en coche, una vez que solo se les permitía tal práctica a las personas de alta clase social y la mujer muerta en el cuento era pobre.

Al principio de la Segunda Jornada, el cuento del hombre sordo sucede la escena en que don Juan culpa a la belleza de Serafina por su incapacidad de retratarla. Juanete percibe que don Juan tiene alguna deficiencia y su cuento señala que, igual que el hombre no se daba cuenta de que estaba sordo y culpaba a los demás por no hablarle bien, don Juan no reconoce que la culpa no está en la belleza de su esposa, sino en él mismo. La deficiencia denunciada por Juanete puede ir más allá de los conocimientos de pintura de don Juan Roca y referirse a cuestiones pertinentes a su matrimonio y honra.

Tras haber contado el cuento del hombre sordo, pocos versos más adelante, con motivo del diálogo entre don Juan y Serafina

SERAFINA	Yo sé bien,
	mejor que tú, tus desvelos.
DON JUAN	¿Mejor que yo?
SERAFINA	¿Qué mujer
	propia, más de su marido
	que aun él mismo, no ha sabido?
DON JUAN	Eso ¿cómo puede ser?
	(vv. 1213-1218)

Juanete introduce el del cura que revela a un hombre que este es cornudo; y su mujer dice que el cura le ha contado su secreto de confesión. Este cuento demuestra cuándo una mujer sabe cosas sobre su marido que él mismo ignora, es decir, cuando él es cornudo. Serafina no traiciona a don Juan y defiende su honor, por eso se puede decir que Juanete no posee la genialidad adivinadora que tantos críticos le atribuyen, pues una vez más

se equivoca en cuanto a las intenciones de los personajes y, con este cuento, sugiere un adulterio que sería posible en una comedia, pero que al final no pasa en esta. Sin embargo, la función que posee este cuento es la de denunciar que allí hay una cuestión de honor marital, de consecuencias trágicas latentes.

El cuento que en la crítica más ha provocado discusiones y diferentes propuestas de interpretación ha sido el de los chiquillos, que Juanete comienza a intentar contar en la Primera Jornada y solo lo logrará decir en la Tercera, tras tres fracasados intentos. Georges Güntert (1980: 362-363) relaciona los cuentos de Juanete con la pregunta «cómo» que, según él, siempre los precedería y los provocaría. Y, para él, la comida del cuento de los chiquillos sería un juego de palabras entre el adverbio de la pregunta y el verbo comer. La pregunta «cómo» de hecho está presente en varias partes del drama, pero no todas las veces que Juanete intenta introducir un cuento ella las precede, o bien se registra muchos versos antes, por eso no me parece haber una relación. Si la pregunta estuviera inmediatamente antes de cada cuento y de cada intento de contar el de los chiquillos, podríamos tenerla en cuenta e intentar percibir la relación que propone Güntert, pero no me parece plausible considerar un juego de palabras entre vocablos que se registran con una distancia superior a veinte versos. El carácter glotón, muy común entre los graciosos, se revela en Juanete nada más que en los versos 2632-2633: «Yo, juro a Dios, lo dijera / con hambre a todo el lugar», pero es solo una broma que hace el gracioso tras su amo haber dicho que no quiso contar a nadie su identidad por hallarse deshonrado. Y cabe mencionar que en esta escena no hay ningún intento de contar el cuento de los chiquillos.

Asimismo, Güntert (1980: 362) percibe en el «cuento desdichado» de Juanete una «alusión a la trágica historia de Serafina y su amo, es decir: como un comentario al mismo drama». Susan Fischer (1972: 339-340) relaciona el cuento con la tragedia de don Juan, comparándolo al chiquillo que se calla y no pide su porción de comida. Robert Sloane (1976: 101) añade que, siendo don Juan el chiquillo, el gato puede representar a Juanete. Y, de esta manera, cada crítico intenta percibir algo nuevo en un recoveco todavía no explorado del cuento y se nos presentan diversas interpretaciones, muchas de ellas sin un fundamento fidedigno en lo que nos propone el texto de Calderón.

El cuento de los chiquillos, como muy bien dice Wilson, solo posee sentido en la situación en que se cuenta, es decir, tras Belardo haber reclamado que todavía no había recibido nada. Por lo tanto, el paralelo que podemos establecer es entre Juanete y el chiquillo, y Belardo y el gato.

Sin embargo, Wilson afirma también que la larga espera de Juanete se justifica en el hecho de que uno tiene que esperar para conseguir lo que desea. Pero esta afirmación no me parece adecuada a la tragedia. Y la larga espera se justificaría mejor en la repetición de los intentos de Juanete de contar su cuento como un recurso dramático. Eso es, se crea en el drama y con el espectador un pacto con un *leitmotiv*, y al mismo tiempo que ya se supone la interrupción del cuento cada vez que Juanete comienza a contarlo, se aumenta la curiosidad del espectador de saber cómo terminará la historia. Y, por otra parte, se intensifica la marginación del gracioso, a quien siempre le expulsan de la escena o simplemente lo ignoran cuando trata de conferir al drama un tono jocoso.

En la Tercera Jornada, el Príncipe –la representación de la realeza– con su generosidad le permite hablar y, con ello, Juanete por fin logra contar su cuento y se alegra. Pero sigue sin hacer reír a los demás. Al recibir del Príncipe una joya, el gracioso se la agradece y demuestra su gusto por contar cuentos: «aunque por solo oír el cuento / para mí es paga bastante» (vv. 2972-2973), lo que ya había hecho en diversas ocasiones anteriores, como en los versos 548-550: «me he adelantado, creyendo / que cuando nada me valga, / me valdrá contar un cuento».

No obstante, los cuentos de Juanete no encuentran lugar en el universo trágico del drama, ni siquiera en el inicio de la obra, cuando no hay todavía indicios de la tragedia; y al gracioso, siempre que se porta como tal, le hacen que se calle, lo ignoran o expulsan de escena:

PORCIA	Deja locuras, y di (v. 237)
JUANETE	De la boca me han quitado el cuento. (vv. 263-264)
DON JUAN DON PEDRO	Quita, loco. Aparta, necio. (v. 666)

Ni siquiera le permiten hablar como un loco, como le ocurre al gracioso Pasquín, de *La cisma de Inglaterra*, a quien, como afirma Ruiz Ramón (1985: 107), «se le tolera decir la verdad que sería intolerable, y castigada, en la boca del cuerdo».

Juanete se mueve por el universo del drama intentando encontrar lugar para expresar su papel de gracioso, pero en esta tragedia no hay lugar para lo cómico. Por lo tanto, aun cuando consigue que el Príncipe escuche lo que tiene que decir, no logra provocar la risa. Podemos acordarnos del gracioso Coquín, de *El médico de su honra*, que, por no conseguir hacer reír al Rey don Pedro, se arriesga a perderse los dientes, de modo que eso se convertiría en su propia tragedia. Podemos decir que la tragedia de esos graciosos consiste en su incapacidad de actuar como figuras del donaire y provocar la risa.

Si nos preguntamos si Juanete es un gracioso con o sin gracia, tendremos que plantear dos niveles: el del drama en sí mismo y el de la recepción de su representación. Como ha sido dicho, dentro del universo del drama Juanete fracasa en cuanto gracioso, pues no consigue cumplir su función cómica y queda marginado a cada intento de hacer reír a los demás; y esto consiste en su propia desgracia y acentúa la tragedia de la obra. Sus chistes no alivian la tensión, sino muchas veces la intensifican, como en el caso del cuento del hombre cornudo. Sin embargo, podemos suponer la recepción de esta figura del donaire en las representaciones de la comedia y plantear que el público se deleitara con su presencia y sus cuentos.

Al reflexionar sobre este personaje, percibimos que cumple, sin duda, la función de un criado ejemplar, fiel y sumiso a su amo. Es un contador de historias que algunas veces indicarán cuestiones importantes que los demás personajes no saben ver o entender, pero

no lo podemos considerar un genio adivinador ni el portavoz del poeta. Es un agente de la risa, la figura del donaire que el público áureo esperaba encontrar en una comedia, pero dentro del drama no encuentra lugar para la comicidad y el hecho de que, en cuanto personaje cómico, al gracioso no se le permita formar parte de este universo dramático tiene como resultado que su función cómica se anule y llegue a convertirse en trágica, una vez que la imposibilidad de la risa refleja y refuerza el tono trágico del drama.

### Bibliografía

- ARELLANO, I. (2006): *El escenario cósmico. Estudios sobre la Comedia de Calderón*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert.
- (1999): *Convención y recepción. Estudios sobre el teatro del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos.
- (1995): *Historia del teatro español del siglo XVII*, Madrid, Cátedra.
- Biblia Sacra Iuxta Vulgatam Clementinam*, ed. A. Colunga y L. Turrado, Madrid, BAC, Editorial Católica, 1965.
- CALDERÓN DE LA BARCA, P. (2001): *La cisma de Ingalaterra*, ed. J. M. Escudero Baztán, Kassel, Reichenberger.
- (2007): *El médico de su honra*, ed. A. Armendáriz, Iberoamericana / Vervuert, Madrid.
- (1991): *The painter of his dishonor. El pintor de su deshonor*, edited with a translation by A. K. G. Paterson, Warminster, Aris & Phillips Ltd.
- (1994): *La vida es sueño*, ed. J. M. Ruano de la Haza, Madrid, Castalia.
- COVARRUBIAS, S. de (1979): *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner.
- DÍEZ BORQUE, J. M. (1976): *Sociología de la comedia española del siglo XVII*, Madrid, Cátedra.
- FISCHER, S. L. (1972): «The function and significance of the gracioso in Calderón's *El pintor de su deshonor*», *Romance Notes*, 14, pp. 334-340.
- GÜNTERT, G. (1980): «El gracioso de Calderón: disparate e ingenio», *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, Toronto, Department of Spanish and Portuguese, University of Toronto, pp. 360-363.
- RUIZ RAMÓN, Fco. (1985): «El bufón en la tragedia calderoniana», (*Hacia Calderón. Séptimo Coloquio Angloamericano*, Cambridge, Stuttgart, 1984), *Archivum Calderonianum*, pp. 102-109.
- SLOANE, R. (1976): «On Juanete's final story in *El pintor de su deshonor*», *Bulletin of the Comediantes*, 28, 2, pp. 100-103.
- WILSON, E. M. (1970): «Hacia una interpretación de *El pintor de su deshonor*», *Ábaco*, 3, Madrid, Castalia, pp. 49-85.v